

CUADERNOS DE CULTURA LIBERTARIA

**El mito democrático
de las Fuerzas Armadas
Venezolanas**

M

Humberto Decarli

El mito democrático de las Fuerzas Armadas Venezolanas

Humberto Decarli

(2da reimpresión, julio 2006)



**Cuadernos de cultura libertaria
Ediciones Comisión de Relaciones Anarquistas (CRA)
CARACAS, 2006**

Vuestro tanque, general, es poderoso
derriba un bosque, destruye hombres
pero tiene un defecto necesita un motorista
vuestro bombardero, general, es poderoso
vuela más rápido que la tempestad
y transporta más carga que un elefante
pero tiene un defecto
necesita un piloto
el hombre, mi general, es muy útil
sabe volar, sabe matar
pero tiene un defecto
sabe pensar

BERTOLD BRECHT

Introducción

Unos de los mitos recurrentes del modelo político vigente reside en definir a las fuerzas armadas venezolanas como democráticas. Las administraciones nacidas a partir de la caída de la dictadura perezjimenista se encargaron de publicitar la idea de ser una institución civilista supeditada al poder existente nacido de elecciones. Desde Rómulo Betancourt hasta Hugo Chávez todos han coincidido en sustentar tal criterio y así de una vez por todas adjudicarse una porción de legitimidad. Para todos ellos el ejército nacional es sólo un soporte del régimen civil.

En auxilio de esa apreciación aducen la poca base conspiracional ocurrida en el estadio de la democracia formal y representativa en Venezuela. Si bien es cierto que inmediatamente al derrocamiento del general de Michelena se presentó mucho ruido de sables, con la bonanza petrolera disminuyó ostensiblemente las inquietudes en el seno de ese cuerpo.

Como muestra de las turbulencias originales en la institución armada tenemos el alzamiento del general Castro León en la Planicie, aplastado con la disuasión de un despliegue de masas enorme, el de San Juan de Los Morros en el regimiento de Caballería; y el alzamiento de San Cristóbal (1959) encabezado por el mismo general. Todas quedaron frustradas por el apoyo popular contrario y porque los alzados no eran verdaderos voceros de los oficiales a la sazón.

Además, las tentativas de La Guaira, *el Barcelonazo* (1961), *el*

Carupanazo (1962) y *el Porteñazo* (1962), se consumieron y luego vino un período de relativa quietud. Si apenas el alzamiento de Ramo Verde (1966), la desobediencia pública del general Flores y la suspicacia del general García Villasmil durante el primer período calderista ocuparon espacio noticioso como excepciones al equilibrio, no por ello se podía hablar de institucionalidad. Como veremos más adelante en el curso de esta exposición, primero con el anticomunismo atizado por Betancourt y luego con la corrupción a partir del primer gobierno de C.A. Pérez, se había logrado atenuar cualquier incomodidad de los uniformados.

Empero, cuando el experimento populista hace aguas al reducirse los petrodólares se delata la verdadera realidad del ejército y ocurren los movimientos extraños durante la última etapa de la gestión de Jaime Lusinchi y las asonadas del año de 1992. Eran factores exógenos los causantes de la quietud militar y no razones institucionales. No ha habido un proceso de acumulación histórica institucional y de allí la imposibilidad de tener una secuencia en esa dirección.

Venezuela no es una excepción dentro de América Latina en este renglón. Toda la zona se caracterizó por estar dominada luego de la independencia por una cúpula heredera del poder peninsular, hispánico o luso. Fueron élites sin identidad alguna porque pretendían emular a los europeos sin serlos, fundaron naciones con valores racistas iniciados con la exclusión de los demás sectores sociales y resolvieron el problema de la gobernabilidad mediante la copia de los sistemas legales del Viejo Continente pero sin aplicarlos y el caudillo y el funcionario copaban la escena del poder. En fin, construyeron un espejo quebrado porque la imagen reflejada se descomponía.

Se puede aseverar que la “democracia” adeca y copeyana se sustentó absolutamente en la hipertrofia financiera del Estado y nada más. Especular sobre las bondades del modelo electoral no es más que una especulación vacua porque de no haber existido esa indigestión de dinero generado por la venta de crudo seríamos un país como Bolivia o Siria en los años sesenta del pasado siglo en cuanto a cambios de gobierno.

El actual primer magistrado expresa con frecuencia loas a los uniformados y sus criterios son eminentemente militaristas. Su visión

del mundo es desde la óptica castrense y de allí su preferencia por los oficiales para administrar al país. Igualmente la vocinglería del puntofijismo nos presentaba al sector militar como auxiliar del poder civil y reiteradamente insistía en la ausencia de conspiraciones exitosas, denotativo de una aparente postura institucionalista.

No obstante, esa postura es realmente ideológica. Lo afirmo empleando este último término en sentido estricto, vale decir, con su significado de versión falaz de la realidad impuesta por los detentadores del poder. Pienso que sostener la democratización de nuestros militares es falso o en el mejor de los casos, una ingenuidad.

El Ejército actual no es libertador

Hugo Chávez siempre trata de identificar a los actuales administradores de la violencia del Estado con el ejército de Simón Bolívar. Haciendo abstracción de una estimación crítica de la conducta de los oficiales que dirigieron el proceso de independencia en tanto expulsaron a los peninsulares y fundaron una nación con un conjunto de aberraciones intrínsecas, no hay ningún parangón en tal juicio de valor.

En efecto, las formaciones guerreras de la revolución independentista, o secesionista como la denominan algunos historiadores, fueron orientadas a la exportación del proyecto del Libertador. Así, se dirigieron desde la República de Colombia hacia el sur, ocupando Quito y Guayaquil antes de la histórica entrevista con José de San Martín. Siguieron a Perú donde enfrentaron a la vetusta oligarquía limeña y lograron liberar el Alto Perú creando una nueva nación, Bolivia, con toda una instrumentación jurídico-política como fue la constitución iniciática. Incluso, posteriormente en el Portete de Tarqui, el Mariscal de Ayacucho tuvo que liquidar la invasión peruana en una brillante jornada. Hasta allí el alcance emancipador de aquel ejército porque en general lo acaecido después ha sido una historia de genuflexión.

Ulteriormente, al hacerse trizas las ideas unificadoras al morir Simón Bolívar presenciamos cómo los cuadros superiores militares se apropiaron de todos estos países. El movimiento de la Cosiata dirigido por Miguel Peña con José Antonio Páez como punta del iceberg en

Valencia, el golpe de Estado de Francisco de Paula Santander sobre Rafael Urdaneta en Bogotá, la irrupción del general nativo de Puerto Cabello Juan José Flores en Ecuador; y las cúpulas hispanizantes de Lima, demostraron la poca perspectiva histórica de los otroras valientes combatientes por la independencia. Literalmente se repartieron cada segmento de la zona noroccidental de la América del Sur.

De tal manera que existen muy pocos o ningún elemento de vinculación entre los escuadrones venezolanos que combatieron ininterrumpidamente contra otros nacionales y los españoles, entre 1811 y 1830, y la actual fuerza armada. Son dos cuerpos muy distintos porque obedecen a circunstancias, causas y formaciones diversas.

Si al ejército libertador le correspondió la organización armada para imponer un proyecto de Estado naciente capaz de romper en lo político con la península, mas no en otros planos, el actual responde a una entidad forjada con el nacimiento del gomecismo. El caudillo de La Mulera es quien funda al actual Estado venezolano al crear un poder centralizado altamente, unas fuerzas armadas con un sello total de prusianismo y garante de esa concentración y un sistema impositivo dirigido desde el eje ubicado en Caracas y la región norte-costera de la nación. De allí se deriva la estructura militar venezolana del siglo veintiuno.

Inicio de las fuerzas armadas contemporáneas

Realmente las milicias contemporáneas nacen con el proceso centralizador regulado por Juan Vicente Gómez. Ya había un antecedente cuando Cipriano Castro derrotó con menos de la mitad de sus efectivos al banquero José Manuel Matos en la Victoria. Este hecho lo aprecia el general Alberto Müller Rojas en su obra “Época de Revolución en Venezuela” como el acto fundacional del ejército presente. En este sentido, manifiesta:

“Pero la profesionalización de los miembros de lo que se constituyó como una corporación, centrada en el séquito del caudillo andino y su reemplazo, el general Juan Vicente Gómez, ha sido un proceso, hasta ahora, inconcluso”.¹

¹ Müller Rojas, A. (2001). *Época de Revolución en Venezuela*. Caracas: Solar Ediciones.

El Benemérito, luego de asfixiar los movimientos y caudillos regionales federales, creó un Estado omnipotente y para ello consolidó un sistema impositivo nacional, una administración pública rígida orientada desde el centro del país y por supuesto, un aparato militar bien condensado.

El líder de La Mulera trajo desde Chile a un oficial prusiano llamado Samuel Mc Gill, quien con sus criterios inflexibles hizo una fuerza armada a su imagen y semejanza. La génesis castrense contemporánea está muy bien explicada por el profesor Ángel Ziem en su conocido texto sobre su formación² y la ubica en esta época histórica al igual que Domingo Alberto Rangel. Realmente es con el compadre de “El Cabito” cuando efectivamente se da la génesis de las fuerzas armadas contemporáneas.

Esta organización castrense mejoró en su operatividad y con las administraciones de López Contreras y Medina Angarita, herederos de Gómez aunque con aperturas obligadas por las circunstancias, se organizó una verdadera logia militar que dio al traste con la gestión del último y en alianza con Acción Democrática dominó durante el trienio de 1945-1948. Seguidamente se desembarazaron del tristemente “partido del pueblo” para administrar ellos solos, lo cual consiguieron desde la caída de Rómulo Gallegos hasta el 23 de enero de 1958.

El nacimiento del cuerpo armado es reaccionario pues tiene su parto en los regímenes de Castro o Gómez, de acuerdo al ángulo con que se vea. Es un componente elaborado para respaldar al enjambre de estructuras dominantes. Su función es esencialmente ésa aunque algunos sostengan ser los garantes de la soberanía a través de una doctrina de disuasión e incluso hablan de las guerras asimétricas o de cuarta generación para lo cual evidentemente no están preparadas.

Esta última clase de confrontación emerge de la ausencia de multipolaridad militar y donde sectores militarmente escualidos pueden hacerse notar por la vía del terrorismo como respuesta al del Estado. El caso típico es la destrucción del World Trade Center en Nueva York así como parcialmente la Casa Blanca por parte de un enemigo ubicuo, el fundamentalismo de la red Al Qaeda.

² Ziems, A. (1979). *El Gomecismo y la Formación del Ejército Nacional*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.

Puntofijismo y uniformados

No estoy de acuerdo con los sueldos que ganan
los profesores que atienden la escuela;
el día que un maestro gane más que un general,
entonces se salvará México.

*Francisco "Pancho" Villa
Petición a Adolfo de la Huerta
Presidente de la República*

Con el advenimiento del proyecto populista del Pacto de Puntofijo, Rómulo Betancourt hubo de luchar con los agentes castrenses heredados de la dictadura perezjimenista. Era evidente que el órgano de seguridad del Estado, la espantosa Seguridad Nacional, se había disuelto pero el ejército del hombre de Michelena seguía siendo el mismo, al punto que un oficial de su administración (presidió el Círculo Militar y el Instituto Nacional de Deportes), el Contralmirante Wolfgang Larrazábal, era el personero más importante de la Junta que le sucedió.

Incluso dos altos oficiales del régimen derrocado, el "Turco" Casanova y Romero Villarte integraron ese mismo organismo pero el movimiento popular logró defenestrarlos para colocar a Eugenio Mendoza y Blas Lamberti, conspicuos representantes del gran capital, quienes presionaron para cobrar las acreencias contra el Estado venezolano imposibles de negociar en los mercados internacionales por la crisis existente. Si bien es cierta la presencia popular a través de la Junta Patriótica dirigida por el legendario Fabricio Ojeda, realmente no hubo una derrota de las fuerzas armadas como si la hubo en 1952 cuando un movimiento obrero formidable derrotó al ejército regular de Bolivia.

Ante unos administradores de la violencia del Estado seguidores del golpismo tradicional y con un accionar vehemente como lo demuestra el atentado de los Próceres, el gobierno blanquiverde debía tomar iniciativas. Los gorilas de la época no veían con buenos ojos a la coalición del denominado Club del Caribe (prístinamente conformado por Pepe Figueras en Costa Rica, Muñoz Marín en Puerto Rico, Prío Socarrás en Cuba, Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú y el napoleón de Guatire en Venezuela), pero la aversión hacia izquierdismo, socialismo, comunismo

o algo parecido, era infinitamente mayor. No podemos olvidar la formación gringa de todos estos ejércitos.

Así las cosas, Betancourt comienza a disparar un discurso macartista buscando nuclear a su alrededor al espectro golpista. Con tal fin provocó a la izquierda, representada en el Partido Comunista y los sectores radicales de Acción Democrática y U.R.D. El ametrallamiento de una manifestación de desempleados en la Plaza Concordia fue el primer paso de este plan. Nuestra izquierda fue siempre muy dependiente de los úcases de los centros de poder internacional del bloque socialista y en especial de la Unión Soviética. El Browderismo³ apagó a los comunistas en toda Latinoamérica y debido a esta razón se produjo el auge de la socialdemocracia, todo en función de la unión antifascista con los aliados que generó una postergación de cualquier clase de conflictos y proyectos.

Por supuesto, el Departamento de Estado y el Pentágono acudieron en auxilio de la idea romulera. Así, a la Escuela de las Américas, un centro de torturas muy especializado, asistieron muchos oficiales cuyos conocimientos en esta área fueron puestas en práctica en los Teatros de Operaciones con el abyecto saldo de torturados, desaparecidos, detenidos ilegalmente y muertos. Los campos de concentración de la Isla de Burro o Tacarigua en el Lago de Valencia (llamado irónicamente Rafael Caldera), Cachipo, Cogollar y otros que escapan a mi memoria, fueron escenarios de estos aprendizajes.

No costó mucho la confrontación porque pequeños grupos de la siniestra (el Triángulo Negro, el F.U.L, el Directorio Revolucionario Venezolano-Direve) presionaron para irse a la montaña a reeditar la experiencia de la Sierra Maestra. Después el P.C.V., el M.I.R. y ciertos segmentos urredistas encabezados por Fabricio Ojeda, tomaron el camino de la lucha armada rural en un país eminentemente urbano. La derrota era la crónica de una muerte anunciada pero el proyecto populista utilizó la coyuntura para incorporar a su coalición al factor de poder más importante, el de las armas. Con esta actividad el

³ *Tesis preconizada por el Secretario General del Partido Comunista Americano del momento, Eugene Rowder, traducida en una alianza con sectores de la burguesía nacional y de todo el espectro social para apoyar como una unidad a la lucha contra el fascismo y el nazismo amenazantes durante la segunda guerra mundial.*

puntofijismo alcanzó colocar a los militares alrededor de su modelo.

Comentario aparte merece las insurrecciones del año 1962 conocidas como *El Carupanazo* y *El Porteñazo*, acaecidas en las ciudades de Carúpano y Puerto Cabello, el 4 de mayo y el 2 de junio de ese año, en este orden. Ciertamente, se trató de un grupo del aparato militar del partido comunista y del M.I.R. insurgente en dos centros de la armada y el ejército. Ambas acciones fracasaron militarmente y se lesionó fuertemente al sector de izquierda dentro de la milicia. No fueron acciones coordinadas con las guerrillas y aisladas fueron derrotadas.

Fueron dos alzamientos producidos en el contexto del gobierno de Rómulo Betancourt a escasos cuatro años de la caída de la dictadura perezjimenista y de la consolidación del modelo populista instaurado a partir del Pacto de Punto Fijo entre los líderes de tres formaciones políticas venidos del exilio y con metas bien diáfanas.

El dirigente guatireño había conformado un gobierno de coalición de su partido Acción Democrática con COPEI y U.R.D. Duplicó el gasto corriente para que el Estado asumiera el pesado fardo de la economía de la nación y la clientela de los partidos gravitaran en torno del sector público en la consecución de cargos, contratos y cuotas de poder.

Sin embargo, en materia castrense existía un grave problema. Con el derrocamiento de Pérez Jiménez no se desbarató el aparato militar del gobierno de facto. Algunos cuadros plenamente identificados con esa administración fueron purgados pero subsistía el ruido de sables dentro del estamento armado. Varios acontecimientos como el desorden de la Planicie y la toma de San Cristóbal por el general Castro León, el Barcelonazo y el atentado de los Próceres, delataban los problemas de los uniformados.

Además, había un factor internacional relevante para los militares. Los regímenes vigentes en América Latina eran esencialmente dominados por los cuarteles. Odría en Perú, Somoza en Nicaragua, Batista en Cuba, Strossner en Paraguay, Duvalier en Haití, Trujillo en República Dominicana, los gendarmes argentinos, guatemaltecos y otros países de Centroamérica y el Caribe, estaban presididos por oficiales y suboficiales del cuerpo armado.

Betancourt había fijado una orientación política nítida en la confrontación de la Guerra Fría. Había apostado a los Estados Unidos

sin chistar y su amistad con el emblemático gobernador de Puerto Rico, Muñoz Marín, lo ayudaba en esa dirección. Para consolidar su postura requería el apoyo de las fuerzas armadas y lo obtuvo a través del procedimiento del susto y chantaje comunista.

Para materializar este esfuerzo, provocó a la izquierda para lanzarla a la rebelión. Fue un intento fácil por la carencia de ideas del sector revolucionario, el cual cayó en la trampa y se dirigió a las montañas para reeditar la hazaña de la Sierra Maestra. Esta acción permitió que los militares, todos fascistas o de derecha en general, no dudaran en formar filas como un solo hombre detrás del presidente.

Con las guerrillas del P.C.V., M.I.R., sectores de U.R.D. e independientes, Rómulo Betancourt resolvió dos aristas de su dificultoso gobierno. En primer lugar, tuvo el apoyo irrestricto de los uniformados frente al comunismo; por el otro, le demostró su audacia y capacidad al presidente John Kennedy como aliado indubitable de los gringos en el conflicto Este-oeste.

Empero, todavía quedaban algunos oficiales con posiciones ideológicas diferentes. Fue consecuencia de la penetración de las organizaciones de izquierda en las fuerzas armadas. Tenían ciertos cuadros de prestigio y por la desesperación se fueron al golpe. El teniente coronel Jesús Molina Villegas, el mayor Vegas Castejón y el teniente Fleming Mendoza, eran entre otros, los abanderados de la conmoción en Carúpano. Derrotados por las fuerzas leales al régimen, fueron detenidos los civiles Eloy Torres y Simón Sáez Mérida.

En menos de un mes, la ciudad donde se perdió la Primera República fue la sede de otra gran tentativa para defenestrar al régimen imperante. El capitán de navío Manuel Ponte Rodríguez, el capitán de fragata Pedro Medina Silva y el capitán de corbeta Víctor Hugo Morales, constituyeron la plana mayor del alzamiento que contó con apoyo de los estudiantes de secundaria y el pueblo en general. Los bombardeos de la fuerza aérea y el retiro como parte del esfuerzo conspirativo del destacamento de la Guardia Nacional en Puerto Cabello, fueron factores determinantes del sometimiento de los alzados en armas.

La existencia de esas fracciones insertas en el componente armado y las dos insurrecciones no significan de ninguna manera alteración a considerar a nuestro ejército como una entidad al servicio de los

intereses transnacionales. Durante el inicio del régimen populista se alinearon incondicionalmente con los Estados Unidos. Posteriormente siguen en la misma formación como lo expreso en el curso de este trabajo.

Comentario especial merece la idea del líder adeco de Guatire de concebir un sistema político, económico y social con base en cinco factores de poder. En el político pensó siempre en la alternabilidad de dos organizaciones con fines clientelares, A.D. y COPEI, aunque hubo otras que sirvieron de comodines como U.R.D., F.N.D. y el F.D.P. y posteriormente el M.E.P. y el M.A.S.

En al ámbito religioso el Alto Clero fue el eje de la representación católica con voz y voto dentro de las decisiones del petit comité dirigente. Fedecámaras como personero del empresariado y la C.T.V., central sindical, como muro de contención social de los trabajadores. Y para rematar su esquema, incorporó a los uniformados como el cuerpo de las armas partícipe de las direcciones de mayor relevancia.

A las fuerzas armadas las concibió como el apoyo esencial en un país sin tradición democrática y con una trayectoria atrabiliaria por excelencia. Para ello logró neutralizar a los grupos derechistas reinantes en la década de los cincuenta y con el fantasma del comunismo reunirlos en defensa del nuevo esquema de dominación. La derrota de la insurrección guerrillera le permitió incorporarlos al modelo ayudado siempre por el Pentágono y de manera determinante, ejecutado por su discípulo C.A. Pérez, por la ingesta de petrodólares. Esta situación le permitió además de quebrar los conflictos sociales adormecer a los oficiales del ejército.

Inutilidad de la alianza cívico militar

Es verdad que inicialmente los comunistas intentaron penetrar a las fuerzas armadas y después Ruptura trabajó en esa orientación manejando la tesis de una combinación de civiles y militares con un aparente éxito. Sin embargo, si uno observa a los oficiales al servicio del régimen chavista puede ver la inexistencia de diferencias respecto a la praxis de los militares del puntofijismo con lo cual hay un rotundo mentís a esta falaz argumentación en beneficio de la posibilidad de una concertación de avance político con los castrenses.

La victoria sobre la izquierda luego de ciertas escaramuzas agotó el peligro del comunismo en los uniformados. Era necesario formular un nuevo esquema para mantenerlos tranquilos. La bonanza petrolera después del embargo árabe en 1973 brindó la oportunidad. La corrupción fue el vector para sedar a esta sección de la sociedad venezolana y la Comisión de Defensa del Senado fue el eje de esta etapa. Ese organismo, facultado constitucionalmente para ascender a los oficiales desde Coronel y Capitán de Navío, fue dominado por adecos y copeyanos, quienes administraron los ascensos con criterios partidistas manejando resortes de poder.

Al colapsar el clientelismo venezolano por la baja del precio del crudo se derrumbó el proyecto de la poliarquía. Esta circunstancia también influyó en la conducta de las fuerzas armadas donde se apreció un ostensible malestar. Pero previamente los militares realizaron un horripilante genocidio el 27 de febrero de 1989. A dieciséis años de hacerse tangible reina aún la impunidad amén de desconocerse el destino de muchas personas asesinadas de la manera más olímpica. La primera gran insurrección contra la globalización fue ahogada en sangre.

Un despacho de la agencia de noticias *United Press International* (U.P.I.), calificó los desórdenes venezolanos como un “beso mortal del Fondo Monetario Internacional”. Un fallecido jerarca político, suerte de oráculo del populismo vernáculo, tomó esa referencia para etiquetar de manera olímpica los sucesos conmocionantes del país durante los últimos días de febrero y los primeros de marzo del año 1989.

Las causas originantes de tan interesante acontecimiento son muchas. En principio, es menester indicar que la violencia tangible, directa e inmediata, no ha estado presente en gran magnitud durante el siglo veinte en Venezuela, salvos conflictos aislados o efímeros. Así, comenzando ese siglo, hubo algunos enfrentamientos como la batalla de La Victoria, donde Cipriano Castro derrotó al banquero Juan Manuel Matos con un ejército inferior numéricamente. Igualmente, luego de la defenestración de “El Cabito”, Juan Vicente Gómez se encargó de extinguir a los caudillos regionales para generar un Estado nacional unificado y vertebrado. Empero, esa unificación significó la creación de un Estado poderoso y la liquidación de las autonomías zonales con mucha raigambre histórica.

La sucesión gomecista dio origen al gobierno encabezado por el general Eleazar López Contreras, quien utilizó la violencia como dispositivo ordenador y barnizó una administración de tránsito hacia otras formas políticas. Isaías Medina Angarita protagonizó una gestión tranquila pero los golpistas que lo derrocaron, emplearon la arbitrariedad una vez dejado en el camino al partido Acción Democrática después de la deposición de Rómulo Gallegos.

Los sectores castrenses dirigentes de Venezuela en el período de 1948 hasta el 23 de enero de 1958, tuvieron como expresión el uso de la represión, la tortura y la asfixia de opinión. Se basaron en la fuerza y el apoyo americano, a la sazón con intereses duros en plena Guerra Fría.

De todas maneras hubo expresiones de fuerza en las calles pero pronto fueron superadas con la llegada de los cuadros tradicionales de los partidos, los cuales no estuvieron presentes en la lucha contra el gobierno de facto. Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba, máximos dirigentes de AD, COPEI y URD, venían con un acuerdo desde su exilio neoyorquino para estatuir un modelo político fundado en el populismo y la colaboración de los factores de poder, con la bendición americana porque colocaron a Venezuela apoyando al Oeste en el conflicto de postguerra.

Grupos vanguardistas se dieron a la tarea de irse a la montaza emulando el ejemplo cubano. Finalmente el Partido Comunista, el M.I.R y sectores de U.R.D., se lanzaron a una lucha armada rural. El inmediatismo hizo presa a la izquierda, cayendo en la trampa betancourista y fue derrotada. Fueron años de cierta guerra cuasi posicional y escaramuzas, entre el oficialismo y una vanguardia sin masas.

El continuismo adeco siguió con Raúl Leoni, quien usó la misma dosis de opresión y muerte, como el triste caso del profesor Alberto Lovera, los hermanos Pasquier, Donato Carmona y muchos otros desaparecidos. La bellaquería del Ministro del Interior, Gonzalo Barrios, tocó techo cuando en una entrevista realizada por Miguel Otero Silva en El Nacional, señaló como causantes de la muerte de Lovera a sus mismos camaradas.

El primer gobierno de Rafael Caldera estuvo plagado de violencia

estudiantil y se produjeron ejemplos de violaciones de Derechos Humanos como el de Carlos Bello, Luis Hernández, José Uribe y varios jóvenes que ofrendaron sus vidas en las calles ante el aparato represivo del Estado, ahora con nombre nuevo (Digepol por Disip, SIFA por D.I.M.).

Con los regímenes de C.A. Pérez en su primera versión y Luis Herrera Campins, se produjo la inmensa bonanza fiscal, vector de tranquilidad social mediante la neutralización de conflictos con recursos exacerbados. Fue una enorme extracción financiera protagonizada por una clase emergente, nacida al calor de la corrupción.

Vino luego la administración de Jaime Lusinchi, quien alcanzó acuerdos de refinanciamiento con la banca en condiciones adversas al país y ejecutó una política económica de expansión de la demanda social con una inflación relativamente alta (40% en 1987 y 35,6% en 1988).

Carlos Andrés Pérez ganó los comicios el 4 de diciembre de 1988 en función de su carisma personal. El pueblo venezolano aspiraba una salida mesiánica y mágica a la situación y pensó que la bonanza de 1974 volvería por conducto del mismo personaje apropiante del embargo petrolero árabe de 1973. Pero el adeco de Clarines había dejado al país en el suelo: sin reservas operativas, con un pago irrisorio de amortización de la deuda externa y una situación inflacionaria.

Ante el cuadro desastroso, Pérez pudo haber ejecutado la amplia deuda del sector privado con el Estado por Impuesto sobre la Renta, pechar la salida de divisas, fortalecer el salario y el consumo, una reforma tributaria progresiva y proporcional, así como medidas proteccionistas. Pero hizo todo lo contrario al ir donde los acreedores y volver a refinanciar la deuda, y lo más grave, la adopción de medidas de corte neoliberal cumpliendo el recetario de los organismos multilaterales.

El caudillo de Rubio prefirió pactar con los grupos económicos exportadores en lo nacional, quienes tenían un excedente para colocar por la insuficiencia del mercado interno. Al anunciar el gabinete, el antiguo secretario de Rómulo Betancourt presentó a los yuppies del Iesa y personalidades empresariales. Moisés Najim (Fomento), Fanny Bello (Agricultura), Gustavo Rossen (Educación), Pedro Tinoco (Banco Central de Venezuela) y Reynaldo Figueredo (Secretaría de la Presidencia), todos vinculados con esos sectores empresariales.

El 2 de febrero se realizó la toma de posesión con un acto en la Sala “Ríos Reyna” del complejo Teresa Carreño. Fue un fastuoso espectáculo impregnado del boato más ramplón. Lo ornamentaba una presencia importante y plural: Fidel Castro, Dedmont Hoyte, Daniel Ortega Saavedra, Oscar Arias, Virgilio Barco, Willy Brandt, Alan García y hasta jefes de Estado de Oceanía. Fue un introito para esconder la toma de decisiones a anunciar.

El presidente Pérez presentó el plan. Aumento de los servicios (luz, agua, teléfono, gasolina, etc.), unificación cambiaria a una tasa fluctuante de acuerdo al forcejeo oferta-demanda, aumento salarial para los trabajadores del sector público sin contratación colectiva, privatización de empresas del Estado y la eliminación de subsidios en diferentes áreas de la economía. Son medidas muy parecidas a la tomada por el presidente Hugo Chávez el 12 de febrero del año 2002 cuando devaluó considerablemente a nuestro signo monetario. Fueron conocidas popularmente con epítetos como “el paquetazo”, “las recetas” o “el electroshock”.

La aplicación de estas directrices iba en la búsqueda de un golpe de timón para orientar la salud económica de la nación, siempre con el telos de mantener la estructura social y la obtención de una mayor rentabilidad del capital. No importaba el costo humano porque no era el objetivo. La presencia de la economía con fines distintos a la elevación de la calidad de vida de los hombres y mujeres, es característico de la dimensión planetaria del poder. Ahora la competitividad, la rentabilidad del capital y la prescindencia del factor humano respecto del trabajo, acicatean, promueven y reproducen la lógica de un movimiento productivo y comercial independiente del sujeto de la historia.

Había precedentes internacionales de aplicación de estas severas restricciones tendientes a rescatar las acreencias de la banca. Fue a partir de la crisis mexicana de 1982 cuando se inició este *modus operandi*. Ante la dificultad de embargo económico de los Estados nacionales deudores del Tercer Mundo, era preferible por su menor costo, la intervención económica de esas patrias a través de desempolvar a los organismos de Bretton Woods, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Desde el 27 de febrero hasta los días iniciales de marzo de 1989

ocurrió la insurgencia mencionada. CAP y sus tecnócratas pusieron en práctica un conjunto de decisiones lesivas que ocasionaron, en menos de un mes de la asunción presidencial, una respuesta contundente de la gente ante una postura agravante. Todo por colocar el pesado fardo de la intervención económica de los organismos multilaterales en las clases económicas más débiles de la pirámide social.

Hubo precedentes inmediatos en el ámbito interno para que se diera un estremecimiento como el ocurrido. El día 2 de febrero de 1989 el presidente electo, C.A. Pérez, efectuó una reunión fastuosa para la toma de posesión. La presencia de Fidel Castro opacó a todos los demás jefes de Estado presente, incluyendo a altos dignatarios españoles y americanos, por su avasallante personalidad. La derecha macarthista representada en este caso por el grupo Cisneros, luego de furibundos ataques al presidente cubano, procedió a loarlo por la atracción comercial y política que su figura representaba.

El *Diario de Caracas*, el mismo día de los acontecimientos, publicitó la “boda del año”, matrimonio entre dos personas pertenecientes a grupos monopólicos nacionales. Este evento matizó la existencia de dos mundos tan distantes en el país.

El sábado 25 de febrero las estaciones de servicio presentaban un espectáculo kafkiano: había largas filas de automóviles que aspiraban llenar sus tanques de gasolina con el precio vigente hasta ese día y parecía un absurdo acudir a adquirir un bien indefectiblemente con seguridad de elevación. Sin embargo, se trata de esa mentalidad mágica e irracional que ha regido al venezolano en general para buscar explicación a hechos adversos y difíciles.

Una de las primeras medidas impuestas por el condicionamiento del Fondo Monetario Internacional fue la subida del combustible. Esta subida de precios fatalmente ocasionaba un aumento del valor del pasaje del transporte público nacional. Pero no se esperaba una reacción del pueblo, quien de manera extraña y única siempre había soportado muchas humillaciones y vejámenes. Desde la expansión del gasto corriente y la triste rebaja del sueldo de los empleados públicos durante el quinquenio de Rómulo Betancourt, el modelo populista, pasando por el paquete de C.A. Pérez y hasta el sempiterno golpeo de la moral de la república, la pentarquía jamás se imaginó la respuesta de nuestro

pueblo. Así se desconocía lo acaecido en los demás países de Latinoamérica donde se había aplicado la receta fondomonetarista.

El lunes 27 de febrero parecía un día más. Empero, la localidad de Guarenas, suerte de ciudad dormitorio de la capital, se produjo graves incidentes generado por el aumento desproporcionado del precio del transporte hacia Caracas. La sultana del Ávila apenas si se conmocionaba con los habituales disturbios de la Universidad Central de Venezuela durante el final de la mañana. Pero la tarde fue diferente. Los motorizados y el pueblo en general tomaron las calles creando barricadas que culminaron con saqueos indiscriminados con participación de la clase media y la complicidad de la Policía Metropolitana. La atmósfera era de terror, desorden y caos. Una masa sin organización, sentido ni vanguardia, estremecía al orden establecido. Se repetía lo acaecido en Brasil y República Dominicana.

Las cúpulas habían errado. La C.T.V. no quiso presionar al gobierno; Fedecámaras estaba satisfecha por los acuerdos internacionales y su participación destacada en el gobierno recién conformado; la inteligencia militar no previó la arremetida popular; A.D. estaba postrada y cómplice del ejecutivo; y la oposición estaba ocupada por el reparto clientelar (COPEI, el M.A.S. y Nueva Generación Democrática, transando presidencias de comisiones parlamentarias y otras sinecuras para cumplir las apetencias).

El martes 28 la ciudad de los techos rojos estaba irreconocible. Parecía una urbe arrasada por una confrontación; había imágenes típicas de Beirut en su peor momento de la guerra civil libanesa y el ejército tomaba la calle. Pero los disturbios, saqueos y destrozos continuaban desbordados.

Más que el hambre reinante, había estallado la marmita de la ira popular, Tantos escarnios presionaban la tapa de la olla y surgía la ebullición. Era un pueblo haciéndose justicia por sí mismo irracionalmente. Pronto la pequeña burguesía comenzó a preocuparse y a distanciarse de los marginales, mientras el lumpen hacía de las suyas y afectaba al pequeño negocio y a los comerciantes de poca monta.

Es de todos conocido el desenlace de tal movimiento espontáneo acicateado por el aumento de la gasolina y consecencialmente el transporte colectivo. Es el genocidio más grande jamás cometido en la

historia nacional. Los entes internacionales defensores de los Derechos Humanos estiman en más de tres mil los muertos a pesar del cinismo de las cifras oficiales, acaso excediendo los trescientos.

Empero, lo más triste de todos estos acontecimientos reside en la impunidad. En efecto, la Corte Interamericana de Derechos Humanos condenó al Estado venezolano a una indemnización pecuniaria y además, una pléyade de medidas tendentes a sancionar penalmente a los responsables, intervenir a los cuerpos represivos para evitar una nueva matanza y tomar las medidas para no reincidir en una coyuntura similar.

A dieciséis años de estos infaustos hechos, apreciamos la inexistencia de penalización para los autores materiales e intelectuales de los muertos, heridos y desaparecidos durante el Caracazo. Los juicios están paralizados y la investigación no ha avanzado. Asimismo, los organismos de seguridad se mantienen incólumes y nada se ha cumplido para que jamás vuelva a suceder. Los hechos del 11 de abril de 2002 demostraron esta aseveración.

El Estado se regodea de haber tramitado el pago de las sumas indemnizatorias. Es parecido a lo de la masacre de El Amparo, donde la referida corte ordenó pagar los daños, sancionar a los imputados y reformar el dinosaurio jurídico expresado constituido por el Código de Justicia Militar, instrumento violador del derecho de la defensa y el debido proceso. No obstante, sólo se ha materializado el pago de las cantidades condenadas pero los demás aspectos de la dispositiva del fallo no se han hecho tangibles.

Cofavic, entidad nacida con el “sacudón”, ha insistido en solicitar la ejecución de la decisión internacional pero ha sido infructuoso su esfuerzo porque el Estado se niega olímpicamente a acatar el imperativo sentenciado. No ha sido solamente las administraciones de C.A. Pérez, Ramón J. Velásquez ni la de Rafael Caldera. El actual gobierno ha hecho pocos trámites para alcanzar la penalización de los genocidas, siendo los entes policiales, de inteligencia y los administradores de la violencia del Estado fueron los sujetos activos de tan aciaga actuación.

Se atisba diáfananamente que no es un gobierno determinado el autor de la omisión sino la estructura de poder existente. Es algo reiterado en toda América Latina, zona en la cual ha sucedido esta clase de

desmanes en materia de Derechos Humanos. Si no, basta con recorrer a Colombia bajo el subterfugio de combate a la guerrilla y al narcotráfico, Guatemala cuando la insurgencia guerrillera, las ejecuciones de la Triple A y los militares argentinos, el mayor Roberto D'Abuisson y sus escuadrones de la muerte en El Salvador, Pinochet y sus caravanas de la muerte en Chile, la represión en Uruguay orquestada por su ejército, la fujimorista bajo el pretexto del combate a Sendero Luminoso y la más emblemática, la *masacre de la Plaza de las Tres Culturas*, en Tlatelolco, en México, efectuada por la dictadura perfecta del P.R.I.

En nuestra nación desde siempre se ha llevado a cabo la violación de los derechos fundamentales. Más recientemente, la Escuela de las Américas fue el instituto pedagógico perfecto para la persecución con sus Teatros de Operaciones, seguido por las masacres en *Yumare*, *Cantaura* y *El Amparo*, y las correspondientes a la actual administración como el caso de *Puente Llaguno* y el deslave de *Vargas*. Todos con un denominador común: los crímenes están impunes.

La masacre de El Amparo fue otra ocasión en la cual los militares y policías violentaron los derechos humanos. A pesar de haber sentencia de la Corte Interamericana de los Derechos Humanos donde se ordena la indemnización de los daños por los difuntos se ha cumplido a medias y no hay responsabilidad penal de los causantes de esta tragedia. En la misma decisión se ordena la reforma del Código de Justicia Militar por su lesión al derecho a la defensa, lo cual no se ha llevado a cabo. Nuestra historia contemporánea conoce de varias razzias como las de *Cantaura* y *Yumare*, sin sanción alguna.

Otro de los alegatos de los promotores de la unión civil-castrense se encuentra en la vieja tesis del Departamento de Estado de liquidar a los ejércitos latinoamericanos para reeditar la experiencia costarricense en el sentido de sólo crear una entidad de orden interno (la guardia civil) para combatir el delito y la insurgencia. Es cierto que a los gringos les convendría tal situación pero la historia de los armados oficiales de América Latina ha sido la de seguir los intereses hemisféricos americanos y haber sido formados por las academias norteamericanas. Las corrientes nasseristas no han tenido éxito en perspectiva dentro de nuestra región. Velasco Alvarado, Omar Torrijos, Juan José Torres y compañía, fueron experiencia relativamente efímeras.



**NINGUN EJERCITO
ES REVOLUCIONARIO**

Mas en todo caso, la conducta de los uniformados en Venezuela ha sido la de cumplir un rol policial, de contrainsurgencia en el pasado reciente y de custodios del orden público. No hay necesidad que los gringos quieran eliminarlos para transformarlos en los peones ticos pues hacen tangible las aspiraciones del Departamento de Estado sobre los militares.

Pero a fin de cuentas vale preguntarse para qué ha servido la vinculación entre militares y civiles en la Venezuela contemporánea. La primera fue el 23 de enero de 1958 y terminó con la fundación de un modelo político pentárquico, escamoteador de los derechos democráticos, la democracia representativa o formal. Las insurrecciones del año de 1992 no fueron estrictamente uniones entre ambos sectores porque la dirección quedó en manos exclusivas de los oficiales. Ya los planes de Kléber Ramírez como asesor de los oficiales insurrectos habían quedado omitidos además de que la ejecución de las dos asonadas fue estrictamente militar.

La otra muestra de nexos entre militares y civiles ha sido la del gobierno chavista donde los altos cuadros del ejecutivo están en manos castrense. La resultante entre ambas experiencias históricas, puntofijismo y chavismo, ha sido nefasta por decir lo menos. De verdad que argumentar esta tesis ha servido para salvar la estructura de dominación venezolana cuando se agotaron formas previas. La experiencia de Pérez Jiménez en primer término y luego la clientelar, fracasaron y era necesario reemplazarlas. Como anillo al dedo emergió la unión salvadora de mantenimiento del desastre nacional.

Como las organizaciones políticas atraviesan un profundo desprestigio, Chávez poco se fundamentó en ellas. Las empleaba para las elecciones y las movilizaciones de calle con el Movimiento Quinta República y la federación de grupos constituyentes del Polo Patriótico. Atacó a la C.T.V. pero le permitió subsistir por no haber aplicado uno de los pocos decretos con sentido de la constituyente, como fue el de investigación de los bienes de los sindicaleros, nunca llevado a cabo. Fedecámaras lo adversa pero no representa a los empresarios más importantes como consecuencia de la globalización. La jerarquía católica ha sido vapuleada por el presidente cuando le conviene. Llegó a denominar al obispo Baltazar Porras “adeco con sotana”, pero al

necesitarlo el 11 de abril de 2002, le pidió perdón y lo llamó para negociar en Fuerte Tiuna. De todas maneras, este sector ha perdido fuerza como elemento de poder.

La fuerza armada, en singular como la denomina la constitución, era el pilar de su esquema político. Obedecía al cartabón planteado por el sociólogo peronista Norberto Ceresole, quien preconizaba al líder, a los uniformados y al pueblo, entendido este último como una masa amorfa. Esa organización armada responde a los intereses de los Estados Unidos. No es accidental el oír a los oficiales hablar de “castrocomunismo” y demás letanías propias del léxico de la confrontación Este-Oeste. Si bien es cierto no es una casta, se encuentra ubicada por encima del resto de la sociedad. Ahora con el advenimiento del Teniente Coronel adquirieron mayor relevancia y de allí su colocación como altos cuadros de la administración pública.

Nuestros militares no son institucionales

El ruido de sables emergió cuando un grupo mecanizado hizo un raro movimiento cerca del Ministerio de Relaciones Interiores siendo presidente interino Simón Alberto Consalvi por un viaje de Jaime Lusinchi. Se conoció que el Teniente Coronel Ortiz Acosta dirigió esta extraña actuación denunciada por Eduardo Fernández como un golpe de Estado técnicamente hablando.

Luego ocurrieron las dos rebeliones del año 1992, caracterizadas por ser muy ortodoxas con escasa participación civil. El colmo del 4 de febrero fue no haber tomado ningún medio de difusión de masas. Sus resultas fueron dos derrotas en el ámbito de las armas devenidas en victorias políticas y electorales.

En esa época ya circulaba una investigación del Coronel José Machillanda, *Poder Militar y Poder Político en Venezuela. 1958-1986*⁴, obra donde ubicó a la sociedad venezolana como cuasipretoriana porque a pesar de no existir un régimen militar el estamento castrense tenía un diáfano privilegio por encima de los demás. Machillanda lo expresa así:

“Por acuerdo de la élite de la “Sociedad Pretoriana”, la Institución Militar se convierte en un “Moderador de la Gestión Política”, pero esa

⁴ Machillanda Pinto, J. (1998). *Poder Político y Poder Militar en Venezuela 1958-1986*. Caracas: Ediciones Centauro 88.

misma función le niega el derecho a erigirse en “Rector” de un cambio del sistema política. La tarea moderadora en esencia es salvaguardar, custodiar la integridad del sistema y cooperar con el mismo-y esas funciones son de por sí conservadoras”.

Con la asunción del gobierno por parte de Chávez no se avizora ningún cambio sustancial dentro de los administradores de la violencia del Estado. Antes por el contrario, su primer ministro de la defensa fue un oficial de absoluta confianza de Washington, el general Raúl Salazar. Los cuadros superiores de los armados siempre han sido ocupados por personas con una aproximación a los intereses hemisféricos de los Estados Unidos. La actividad de nuestros militares está alineada sin condiciones al lado del Tío Sam.

La anterior trayectoria ha estado cubierta por una normativa ad-hoc. Primero fue la viciada praxis de enjuiciar a civiles por delitos militares. Además, el Código de Justicia Militar es un texto legal realizado para hacer expedito el enjuiciamiento de los reos. Se potencia exacerbadamente al juez al poder dictar detención preventiva con un solo indicio y hay un estadio procesal en el cual el Presidente de la República puede ordenar el sobreseimiento o la continuación del proceso por encima de un “autónomo poder judicial”. Es un dinosaurio jurídico mantenido a toda costa a pesar de haber caído el Muro de Berlín.

Durante el actual mandato ha ocurrido algunos incidentes como el del Teniente Sicatt, quien quemó a dos subalternos así como varias muestras de maltratos y homicidios de conscriptos por parte de oficiales. Empero, creo haber sucedido un nuevo 27 de febrero de 1989 pero en el mismo mes pero de 2004. La reacción en las calles por parte de quienes desearon un referéndum fue liquidada con balas, perdigones, lacrimógenas y toda clase de proyectiles, recordando épocas que se creían formaban parte del pasado.

Puedo concluir sin ninguna sorpresa, que la agresividad de la Guardia Nacional el viernes 27 de febrero de 2004 no fue accidental. Se corresponde con un modo de ser autoritario de las fuerzas armadas nacionales. Constituye el mismo cuerpo pretoriano de C.A. Pérez ahora con mayor participación en la conducción del Estado. Los cambios cumplidos se reducen al reemplazo de unos hombres por otros. Hemos

ascendido del nivel ocupado por los hombres armados en el seno de la sociedad. Ya no es cuasi sino muy militarizado el Estado en todas sus dimensiones.

Es importante hacer notar también el acaecimiento en los dos últimos años, de dos incidentes donde soldados pierden la vida y resultan lesionados. El primero de ellos, en el año 2004, aconteció en el Fuerte Mara, Estado Zulia, en el cual el conscripto Ciro Pedreáñez falleció y el otro resultó seriamente afectado por un incendio producido desde fuera del recinto donde purgaban castigo.

El otro, más reciente, fue en Cumaná con el balance de dos jóvenes, cumpliendo el servicio militar obligatorio, heridos con quemaduras graves y fallecidos unos días después. En un primer momento, el Inspector de la Fuerza Armada, el Almirante Maniglia, anunció públicamente que la situación presentada se generó por un incendio provocado por los soldados desde un espacio de castigo. Después la versión oficial se concentró en imputar a un militar raso que los custodiaba por homicidio frustrado al haber generado el fuego, quien ha intentado desmentir esta apreciación señalando haber sido coaccionado a firmar una confesión.

Haciendo abstracción del motivo del accidente todo sucede por privar una mentalidad rígida y punitiva. Las sanciones vehementes están a la orden del día y se aplican penas corporales disciplinarias en el contexto del mayor desprecio hacia la condición humana y humillaciones mediante. Allí, en estos casos recurrentes y públicos, se aprecia el talante autoritario vigente de los administradores de la violencia del Estado.

Mitos fabricados

El mito de unas fuerzas armadas democráticas e institucionales está desmoronándose porque no ha existido nunca en el país. Se trata de una formación pétrea al servicio de la gestión de turno y por sobre toda las cosas, del modelo político, socio-económico y cultural reinante en estos tiempos de globalización. Es un ejército con un puesto específico dentro del proyecto de colaboración de poderes inicialmente construido por Betancourt y ahora ocupando un espacio como factor de poder fundamental en un país donde no existe democracia sino una caricatura de gobierno popular.

La manida tesis de la alianza cívico militar ha tenido un empleo perverso como es el de haber consolidado un proyecto cupular basado en la colaboración de algunos factores de poder internos articulados con los mundiales para mantener la demencia significada por la mundialización de la economía con su gran proeza, la exclusión social con sus componentes de hambre, miseria y desempleo. Primero, con la instauración del populismo a partir del 23 de enero de 1958 y después, con la continuación de ese modelo con otras realidades luego de la elección de 1998. Sus resultados son contrarias a cualquier iniciativa democrática y popular.

Por las consideraciones precedentes es imposible contar con el componente armado, con su actual estructura, para construir un modelo societario diferente. Representa un medio fundamental para el sostenimiento de un régimen caracterizado por el autoritarismo y no simboliza absolutamente un ente institucional por la misma razón de reinar un ensamblaje de poder fundado en la esencia gomecista y pretoriana. No es el pueblo en armas sino el pueblo bajo las armas.

Humberto Decarli
hachede@cantv.net

Índice

- 3/** Introducción
 - 5/** El ejército actual no es libertador
 - 6/** Inicio de las fuerzas armadas contemporáneas
 - 8/** Puntofijismo y uniformados
 - 12/** Inutilidad de la alianza cívico militar
 - 23/** Nuestros militares no son institucionales
 - 25/** Mitos fabricados
-

«El gran acontecimiento del siglo
XX ha sido el abandono, por el
movimiento revolucionario, de los
valores de libertad; la progresiva
regresión del socialismo
de libertad ante el socialismo cesáreo
y militar. Desde ese instante,
una esperanza se ha ido del
mundo, una soledad ha comenzado
para cada hombre libre»

ALBERT CAMUS



sin mentir sobre lo que se sabe // resistiendo a la opresión

Hablar de las fuerzas armadas venezolanas se remonta a creer en un mito bien consolidado del orden establecido a partir del 23 de enero de 1958: los militares son democráticos porque apoyan el modelo político reinante y no han dado golpes de Estado.

Sin embargo, detrás de ese entramado de verdades aparentes subyace una pléyade de hechos incuestionables que inciden en concluir una tesis contraria. Realmente los uniformados venezolanos responden a una formación autoritaria devenida desde el momento de su fundación, ora desde la victoria de Cipriano Castro sobre el banquero Matos en la Victoria, ora con la formación prusiana de la etapa gomecista. El ejército actual, mutatis mutandi, es el mismo de la era de la invasión andina. La prueba de esta aseveración está en el aprendizaje de la Escuela de las Américas materializado en los campos de concentración de los años sesenta culminado con el genocidio del 27 de febrero de 1987. Este trabajo se dirige a desmitificar los mensajes ideológicos de los formadores de opinión y de la manera más cruda desnudar la falacia según la cual los administradores de la violencia del Estado poseen una mentalidad democrática.

ediciones comisión de relaciones anarquistas (cra)
<http://www.nodo50.org/ellibertario>
ellibertario@nodo50.org